DISCURSO INAUGURAL

Sr. D. Mário Soares

Agradezco a Teresa de Sousa y al Embajador Spiteri –así como a mi camarada y amigo Juan Rodríguez Ibarra, ilustre Presidente de la Junta de Extremadura– la invitación que me han hecho para participar en este debate peninsular sobre *La casa común europea. 20 años que cambiaron España y Portugal*.

Nadie ha hecho tanto a favor del debate peninsular –o ibérico– como la Junta de Extremadura tanto en el plano intelectual, político y artístico como en el sentido de favorecer el mutuo conocimiento de nuestros pueblos. Es una deuda que Portugal tiene para con nuestra vecina Extremadura, mucho más que con las vecinas Galicia, Castilla o Andalucía, y no dudo que, en este punto, estas autonomías van a seguir el ejemplo de Extremadura.

Quiero resaltar también la alegría que siento por la presencia y participación en este coloquio de mi admirado amigo Felipe González, personalidad política impar de la historia contemporánea, no sólo de España, también de Europa y de Iberoamérica.

Además, ya el 12 de junio de 2005 –cuando habían pasado 20 años exactos de la firma del tratado de Adhesión a la CEE, firmado, sucesivamente, en Lisboa y en Madrid– estuvimos juntos y discursamos en el Monasterio de los Jerónimos en la ceremonia organizada por el gobierno de Sócrates para celebrar un evento histórico tan trascendente para los dos países.

Sobre ese punto –la evaluación de la historia de nuestros países en los últimos 20 años– poco tendremos que añadir de nuevo: somos miembros de pleno derecho de la Unión Europea, lo que nos ha traído innumerables ven-

tajas, desarrollo, prestigio internacional, progreso material y humano, conocimiento– y, sobre todo, hizo aún más próximo y más intenso el diálogo entre nuestros pueblos, acentuando nuestras convergencias políticas en términos europeos, atlánticos, mediterráneos y de Iberoamérica.

Es necesario que nuestros gobiernos asuman ese hecho –sin hegemonías ni complejos de inferioridad que, además, no hay razón alguna para que existan tanto de una parte como de la otra– y con el intercambio de nuestros pueblos en materia turística, universitaria, científica, artística, empresarial y financiera, además del mercado prácticamente integrado de nuestras dos economías, mientras sea asumido e interiorizado por los responsables políticos, de modo que nuestras políticas internas y externas puedan converger y ayudarse cada vez más.

Hay hoy condiciones nuevas que nos permiten, manteniendo obviamente las independencias de los dos estados, tener una visión Ibérica concertada y solidaria de nuestros intereses, sobre todo a nivel europeo e iberoamericano. España, asumida hoy como la pluralidad de autonomías y nacionalidades, unida en su diversidad, a quien Portugal no tiene más recelo de absorción y puede –y debe, en mi opinión– asociarse. Al cabo 20 años de convivencia europea, se da la circunstancia de haber gobiernos socialistas en España y Portugal, presididos por dos hombres, Zapatero y Sócrates, que tienen todas la condiciones para entender lo superados que fueron los viejos y obsoletos sueños hegemónicos, hoy sin sentido, y los complejos y las antiguas desconfianzas que no tienen razón de ser.

A esto se suma que la Unión Europea –el gran proyecto europeo, sueño y media realidad que tanto alimentamos– a pesar de continuar ejerciendo un enorme poder de atracción, se encuentra hoy en una situación extremadamente grave. Con 27 Estados miembros y mañana tal vez 30 o más, con la entrada de los nuevos estados salidos de Yugoslavia, Albania y Turquía, también probablemente, Ucrania y Bielorrusia, no puede continuar rigiéndose por las reglas del Tratado de Niza. Tiene que resolver, de una vez por todas, su problema institucional y tienen que hacerlo rápidamente. Tiene que regresar, como apela el primer ministro belga Guy Verhofstadt en su último libro, a la idea de fuerza de los *Estados Unidos de Europa*, una Europa política

y social, y no sólo en el Espacio de Libre Comercio, con una política externa y defensa común, prevista por Víctor Hugo, acogida después por europeos continentales como Winston Churchill, Jean Monet, Spack, Miterrand, Kohl, Delors, Tiedman, Spinelli y tantos otros.

Con un mundo globalizado, cada vez más injusto y desigual, con el neoliberalismo dando amplias señales de agotamiento, la relativa impotencia de la ONU, la paz suspensa por hilos frágiles, el terrorismo global, la creciente amenaza ecológica y la emergencia de nuevos países: Brasil, Rusia, India, China y, por suerte, algunos más - una Europa política, unida e interventora con un rumbo claro y necesario para el mundo. El dilema que se nos pone es, por tanto, simple (cito de nuevo al primer ministro belga): "los Estados miembros que lo deseen, movilizados por la *zona euro*, avanzarán para una Europa política y social, formarán el núcleo duro –los *Estados Unidos de Europa*– y aquellos que no quieran hacerlo, movidos por viejos prejuicios o por otras razones, se quedarán en un círculo más alargado, con acceso al primero, cuando entiendan la *Organización de los Estados Europeos*".

Tal vez no haya otra forma de superar la difícil situación en que nos encontramos. La verdad es que si no lo hacemos, no avanzará la ciudadanía europea como desean las nuevas generaciones, será una enorme desilusión para los europeos y para el mundo, Europa perderá su poder de atracción y tenderá a disgregarse, dejando de contar en la nueva ordenación de éste nuestro mundo injusto y falto normas, del que hay múltiples síntomas de que está de nuevo rediseñándose de modo diferente sin nosotros –sin nuestra experiencia multisecular– si Europa continúa en esta situación.

Nuestra Península Ibérica estuvo en el origen de la primera globalización y, por entonces, estaba en la vanguardia de la civilización llamada occidental, la única que, a la sazón, contaba. En el pensamiento, en la ciencia, en la técnica, en la literatura y en las artes. Después, el absolutismo de nuestros estados, el fanatismo religioso con la Inquisición y la expulsión de los judíos, fueron responsables –según la célebre conferencia hecha por el gran intelectual y poeta, Antero de Quental, fundador, en 1875, del Partido Socialista Portugués– de dos siglos de decadencia, XVII y XVIII. Los siglos que siguieron, XIX y XX, arruinaron los imperios, con las invasiones francesas,

pero las Revoluciones Liberales que les siguieron nos llevaron de nuevo a una reaproximación europea y a una recuperación efectiva de nuestro prestigio. Con la I República en Portugal (1910) y la II República en España (1931), sucedió lo mismo, pero fueron rápidamente destruidas, directa o indirectamente, por la intervención de los fascismos europeos y por la consolidación de las dictaduras fascistizantes ibéricas del siglo XX, protegidas por los Estados Unidos y Gran Bretaña, por miedo al Comunismo, un error fatal como los hechos demostraron.

La Revolución de los Claveles –que fue una ruptura radical con el pasado, destruyendo el estado corporativo, autoritario y colonial portugués– y la transición democrática negociada en España, abrieron la Península Ibérica a la libertad, por fin recuperada, a los regímenes pluralistas y la democracia moderna. Sin eso no habría sido posible nuestra adhesión simultánea a Europa. Pero hubo otras consecuencias de orden internacional en el mundo todavía bipolar en el que entonces vivíamos: fomentar las transiciones democráticas en América latina y más allá de América latina –como dice Huntington, en su libro *La Tercera Ola Democrática*– "porque los americanos entendieron, finalmente, que un estado autoritario y fascistizante podía transitar hacia una democracia, sin, necesariamente, caer en la esfera (o sobre influencia) soviética". André Malraux escribió entonces: "los socialistas portugueses demostraron al mundo que los mencheviques pueden también vencer a los bolcheviques". Ejemplo rarísimo, que, de hecho, nunca antes se había producido.

España y Portugal son hoy estados europeos con democracias consolidadas configuradas, opiniones públicas esclarecidas, atentas e interesadas en los respectivos procesos de desarrollo, con un peso específico en la Unión Europea que no puede ser ignorado. Deben mucho a Europa, es cierto; pero Europa también debe mucho a los Estados Peninsulares. Trajimos una gran contribución a Europa en lo que se refiere a América Latina, al África Lusófona y, en el plano interno europeo, a la llamada *agenda de Lisboa*, que intenta conciliar la competitividad en un mundo global, con el modelo social europeo, que es uno de los pilares de nuestra identidad.

Siendo así, vuelvo a un punto ya referido antes, pero que considero importante para terminar ésta, mi modesta intervención: la Península Ibérica

tiene el deber de impulsar el proyecto europeo y puede –y debe– desempeñar ahí un papel decisivo.

Los gobiernos socialistas ibéricos concertadamente –impulsados por sus opiniones públicas que en democracia, todo ponderado, es lo que más cuenta– no pueden perder la oportunidad única que se les ofrece. En la Unión, en Iberoamérica, en el Atlántico, en el Mediterráneo y en África.

En política –y en todo lo demás, incluso en la economía que, en vano, pretende hoy avasallar la política al servicio de los grandes intereses– lo importante son las ideas capaces de movilizar a las personas alrededor de causas en las que creen. La Unión Europea es una gran causa, seguramente el proyecto político más original y fecundo que heredamos del siglo pasado y se mantiene perfectamente válido. Tenemos la obligación de no banalizarlo ni entorpecerlo sino, al contrario, de hacerlo avanzar. Si los políticos abandonaran las rutinas, hablasen verdades a sus electores, dejándose de medias palabras y de falsos consensos, y se empeñaran, con convicción, en esa gran causa que incluye la paz, la justicia social, la lucha contra las desigualdades, contra la corrupción, contra la criminalidad internacional en favor de un desarrollo sostenible que respete la naturaleza y defienda nuestro planeta amenazado, contra el terrorismo, obviamente, pero no sólo por la fuerza bruta y ciega, sino con inteligencia y respeto por los derechos humanos - suscitarán el entusiasmo en las personas, y el apoyo necesario para que las ideas sigan su camino y cambien la realidad.

Esta Iberia nuestra, tan rica y tan polifacética, tan compleja también en su pluralidad, tiene de nuevo –tal vez por primera vez desde el siglo XVI– una gran oportunidad de volver a tener peso en Europa, en Iberoamérica y en el mundo. Discutamos todo, debatamos todo lo que sea necesario pero no dejemos escapar esa gran oportunidad, son los deseos que aquí os dejo. ¡Portugal tiene un momento para dar un impulso en ese sentido, en convergencia con España, espero, cuando asuma la presidencia europea en el segundo semestre del próximo año! ❖